
SIN RAZONES
PARA
ODIARNOS

Sin razones para odiarnos
© 2025, Sheila Carnero

© 2026, Editorial del Nuevo Extremo S.L.
Rosellón, 186, 5º- 4º, 08008-Barcelona, España
Tel (34) 930 000 865
e-mail: info@dnxlibros.com
www.dnxlibros.es

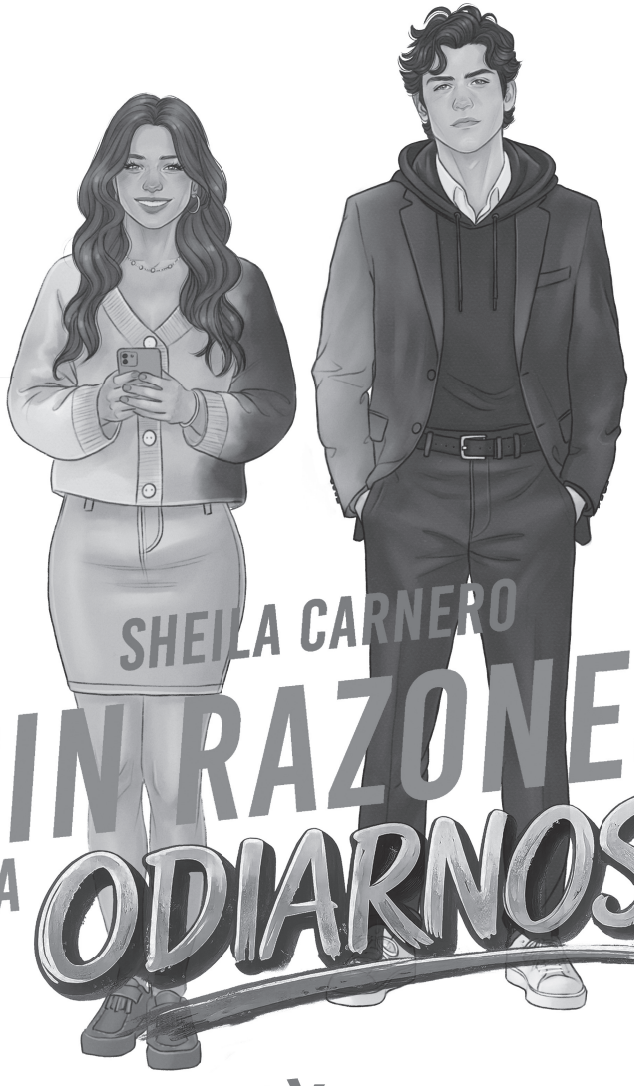
Diseño e ilustración de cubierta: Margarita H. García (@margacong)
Rotulación de portada: Martín Lambré (@wolfcode)
Edición: Iguazel Serón

Primera edición: octubre de 2026

ISBN: 978-84-19467-88-1
Depósito legal: B 14876-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).



SHEILA CARNERO

SIN RAZONES PARA ODIARNOS

dNX YOUNG ADULT

Para ti.

«Pero sobre todo odio no poder odiarte,
porque no te odio ni siquiera un poco,
nada en absoluto»,
10 razones para odiarte (1999)

LENA



A menos que seas una persona bendecida por el universo o el polvo mágico de las hadas, sabrás cuáles son esos días en los que absolutamente todo sale mal. Te levantas con el pie izquierdo, a veces de forma literal, y desde primera hora tu vida se tuerce sin cesar, como si el mundo se empeñara en ponerte a prueba.

Si existen seres misteriosos ahí arriba (dioses, ángeles o unicornios) que se entretienen moviendo los hilos de las vidas humanas, seguro que, de vez en cuando, eligen a una persona al azar entre los millones de habitantes de la Tierra y apuestan para ver quién consigue hacerla llorar primero. Pues bien, presencias todopoderosas, hoy no vais a poder conmigo, por mucho que os empeñéis.

Pensarás que exagero, pero ¿qué posibilidades había de que justo el día en el que me van a despedir sea también en el que el coche me deja tirada y llego más de una hora tarde a trabajar?

Mi pequeño Seat heredado es un tipo fuerte que nunca necesita visitar el taller. Hasta hoy, al parecer. Se ha parado a mitad de camino y he tenido que esperar una eternidad a la grúa; después, una segunda eternidad a que un taxi pasara a por mí. Creía que eso sería más rápido que coger el transporte público, pero con el retraso por culpa del tráfico de hora punta y el pastizal que me ha costado, habría merecido la pena esperar al autobús o meterme en el metro abarrotado. Así que salgo del taxi tan rápido como puedo y entro derrapando en el edificio. Me detengo al llegar a los

tornos de acceso y palpo desesperada los bolsillos de la chaqueta y los pantalones.

—¿Dónde narices está mi tarjeta de identificación? —me lamento, rebuscando en el bolso.

No está. Intento calmarme y pensar en la última vez que la he visto. La he cogido antes de salir de casa esta mañana, la llevaba en la mano al montarme en el coche y… ¡Mierda! Se ha quedado en la puerta del Seat, donde… ¡Maldita sea, donde meto siempre las llaves de casa también!

Me arrodillo en el suelo y vacío el bolso. Lo que llevaba dentro se desparrama sobre las baldosas: el móvil, una libreta, un par de bolígrafos, la cartera, un paquete de pañuelos, algunas monedas sueltas, un brillo de labios, una crema de manos y un tornillo que no tengo ni idea de cómo ha acabado aquí. Efectivamente, faltan la identificación y las llaves. ¿Cómo voy a entrar en casa después, cuando mi jefa me haya convertido en desempleada?

—¿Lena? —Marta, la recepcionista, se asoma por encima de la mesa para mirarme.

—Se me ha olvidado el pase —musito con un tono lastimero bastante patético, como si fuese una niña que ha roto su juguete favorito.

—Te doy uno temporal, no te preocupes.

Teclea en el ordenador y vuelve a inclinarse por encima del mostrador para ofrecerme una tarjeta blanca sin personalizar. Estiro la mano, pero no la alcanzo. Me doy cuenta de que sigo de rodillas en el suelo y el calor me sube a las mejillas con tanta fuerza que opaca el colorete.

Devuelvo todo al bolso, me levanto y le dedico una sonrisa azorada. Ya me preocuparé por las llaves de casa en otro momento.

—Gracias, me salvas la vida —digo al coger la tarjeta.

Marta le quita importancia con un gesto y vuelve a lo suyo.

Miro el reloj y mascullo una palabrota; es tardísimo. Paso el torno y, mientras camino de espaldas hacia los ascensores, pregunto casi gritando:

—¿Has visto a Rosa esta mañana, Marta?

—No parecía contenta. —Al escucharme gemir, añade—: ¡Suerte!

Las puertas del ascensor se abren y me giro deprisa para entrar. En cuanto avanzo un paso, me choco contra un cuerpo firme y cálido. Trastabillo hacia atrás y una mano grande y poco delicada me agarra del codo para evitar una caída. Mi mirada se queda clavada al frente, a la altura de los pectorales del hombre que tengo demasiado cerca.

—¿Estás bien? —pregunta una voz que, por desgracia, reconozco de inmediato.

No necesito levantar la cabeza y encontrarme con unos ojos de caramelo derretido y un ceño siempre fruncido para saber que se trata de Marc Noguera, el periodista más pedante (y absurdamente atractivo) de toda la cadena.

—Ah, eres tú —murmuro con el entusiasmo desaparecido en combate. Doy un paso atrás y deja de agarrarme—. Estoy bien, solo…

Me callo al percatarme de que, aunque ya no estoy pegada a él, sigo sintiendo calor en el pecho. Bajo la cabeza y descubro que no era el arrogante de Marc el que desprendía calidez, sino el café que llevaba en la mano y que ahora está en mi camisa blanca.

Es un milagro que no me ponga a llorar. Ya que me van a echar a la calle, esperaba tomarme el golpe con un poquito de dignidad, pero el universo me lo está poniendo difícil. Y como culpar al universo es complicado, mi desesperación y rabia se vuelcan en el periodista sabelotodo que tengo delante.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Cómo se te ocurre ir con un café sin tapa por ahí? ¿Y si hubiese estado ardiendo? ¡Habría acabado con quemaduras de primer grado! Eres un desconsiderado y un…

—¿Yo? —me corta antes de que pueda insultarlo de verdad—. ¡Eres tú la que va por ahí sin mirar a su alrededor! No eres el ombligo del mundo, doña alfombras rojas.

Marc me mira molesto, como si hubiera secuestrado a su perrito, cuando ¡soy yo la que va a enfrentarse a una sentencia de muerte laboral como si acabara de bañarme en un Starbucks! Y,

encima, tengo que soportar cómo ningunea mi trabajo. La furia me hierve en la sangre.

—Disculpa por no ser una periodista amargada que solo identifica una noticia si es triste y morbosa. A más sufrimiento de la gente, más importancia de actualidad, ¿verdad?

La mandíbula cuadrada y bien afeitada de Marc está tan apretada que no me sorprendería que se partiera un par de dientes. Sé que quiere responderme, pero lo que sea que esté pensando no encaja con la imagen de hombre adusto y sereno que quiere transmitir.

Sonrío con suficiencia. Para él, justificarse ante mis verdades es rebajarse a mi nivel de periodista del corazón, algo que no hará por nada del mundo; elijo tomármelo como una victoria.

Lo rodeo para entrar en el ascensor y aprieto el botón de la quinta planta. Antes de que las puertas se cierren del todo, digo:

—Ya nos veremos cuando haya alguna tragedia en el mundo del famoseo, tiburón.

Sé que responde, pero el ascensor está en marcha y no llego a entender sus palabras. Probablemente se estará quejando del estúpido mote que le pusieron sus colegas cuando empezó en la cadena. Ellos se lo llaman por su tenacidad y confianza; yo, como bien sabe, solo lo uso para criticar su sed de sangre. Su eficiencia para oler las tragedias un segundo antes de que sucedan y ser el primero en documentarlas es desesperante.

En la soledad del ascensor, agito el cuerpo como si me estuviese dando un ataque. Muevo los brazos, giro el cuello, meneo las caderas y sacudo las piernas con la intención de desprenderme de la mala energía que transmite ese imbécil. No soy muy dada a creer en misticismos, pero cada vez que me encuentro con Marc siento que un mal augurio se me pega a la piel. Por suerte, no coincidimos mucho, porque el rey del periodismo serio no se mezcla con la plebe de la prensa del corazón.

—Céntrate —me ordeno. Marc es un incordio, pero no uno importante. Tengo que pensar en la reunión con la jefa.

Me miro en el espejo e intento averiguar cómo arreglar el desastre de mi camisa en solo treinta segundos. La mancha aún está

húmeda y se me pega a la piel. De haber llevado una camiseta, me la habría quitado para ponérmela del revés (no sería la primera ni la última vez que lo hago), pero no me veo capaz de abotonarme una camisa a la espalda.

Mi única opción es abrochar el *blazer*, que no tapa el estropicio, pero lo disimula. Después, me aprieto la cola de caballo alta que me recoge la melena castaña. Aunque se me han salido pelos por todos lados, solucionar el tema capilar requiere tiempo y productos aptos para cabellos ondulados que no tengo ahora mismo.

La imagen que me devuelve el espejo es lamentable. Si, por algún milagro divino, Rosa no tenía pensado despedirme, seguro que se lo replantea en cuanto me vea.

Las puertas del ascensor se abren y recorro el pasillo como si fuese el paseo hacia la horca. Cruzo toda la zona de escritorios y saludo con sonrisas tensas a quienes me dan los buenos días.

Esta mañana me he despertado con un mensaje de la jefa en el grupo de WhatsApp del equipo, el que únicamente usamos para emergencias:

> En mi despacho a primera hora. Es importante.

Una reunión en su oficina, en lugar de en las salas de conferencias, nada más entrar a trabajar y la poca antelación del aviso solo puede significar una cosa: el programa se ha cancelado y estamos todos de patitas en la calle.

El corazón me bombea con fuerza mientras enfilo el último tramo de pasillo. La cadena ha tenido mucha fe al seguir con el programa como si nada hubiera pasado, pero tras las acusaciones de mi predecesor, era difícil recuperar los buenos datos de audiencia. Estaba claro que, tarde o temprano, esto iba a pasar, pero eso no lo hace más sencillo.

Golpeo con los nudillos la puerta del despacho de Rosa y espero a que me responda para abrirla. Está sentada frente a un

gran ventanal con vistas al parque empresarial en el que nos encontramos. Como siempre, lleva un vestido con un estampado monocromático y tiene el pelo, de un falso rubio platino que le oculta las canas, semirrecogido sobre el hombro derecho. Es imposible verla sin su pintalabios rojo de confianza y una buena capa de rubor. Su edad es un misterio (en la cadena incluso hay una porra), aunque yo estoy convencida de que está a punto de cumplir los sesenta.

Trago saliva y titubeo en el umbral. Rosa suele ser amable, pero su aspecto me intimida. Destila un porte serio que siempre me incita a inclinar la cabeza cuando la tengo delante.

—Adelante, Lena. Cierra la puerta y siéntate, por favor.

Consigo llegar a la silla sin que se me note mucho el temblor de las piernas.

Antes de ser amonestada por todos mis errores, me apresuro a disculparme.

—Siento muchísimo la tardanza, te juro que no volverá a pasar. El coche se ha averiado de camino. Debería haber llegado para la reunión y lamento no haber estado. Me tomo muy en serio mis obligaciones y esto no es propio de mí. Me esforzaré el triple para mostrar la responsabilidad que el puesto merece, te lo prometo.

Sin darme oportunidad para continuar con mi cháchara nerviosa, Rosa me corta moviendo la mano.

—Le puede pasar a cualquiera, no te preocupes por eso. En realidad, me alegro de hablar contigo a solas.

Eso no suena bien; ¿y si, en lugar de cancelar el programa, solo me echan a mí? Noto todo el cuerpo tenso, preparado para el golpe.

Empiezo a mover la pierna arriba y abajo, nerviosa, mientras Rosa mira algo en la pantalla del ordenador. Tras unos segundos eternos, vuelve a fijar los ojos en mí. No sonríe.

—Como bien sabes, los últimos meses han sido complicados para *Directo al corazón*. Estábamos en un punto crítico y pedirte que fueras la nueva presentadora, pese a tu falta de experiencia, fue una apuesta arriesgada.

»Tu trabajo como reportera en las alfombras rojas y tus intervenciones como colaboradora eran excelentes. No solo hablas el idioma de los jóvenes, sino que los famosos confían en ti y eso el público lo valora. Desde la dirección de la cadena pensamos que tu buena imagen ayudaría a estabilizar la caída en desgracia de… —Rosa hace una pausa; ha estado a punto de mencionar al innombrable. Intenta arreglarlo de forma diplomática—: de nuestro antiguo socio.

No me está diciendo nada que no sepa ya. Yo no fui la primera opción, solo la más desesperada. Para mí, encima, era una oportunidad imposible de rechazar: una semana antes mi compañera de piso me había dicho que se iba a vivir con su novia y, si no quería mudarme, tenía solo veinte días para encontrar una nueva, porque no me podía permitir el alquiler yo sola. Que la cadena estuviera ansiosa por poner a una joven e inexperta periodista con buena reputación al frente de su programa más polémico estaba bien retribuido. Ahora, la subida de sueldo me permite quedarme con el piso para mí solita. Si me echan, ¿cómo voy a pagarlo?

La jefa habla un poco más sobre lo agradecidos que están conmigo por haber accedido y yo me limito a asentir de vez en cuando. Suena demasiado a una charla de despedida y, cuanto más avanza el tiempo, más nerviosa me pongo.

—¿Te has sentido cómoda, Lena?

—No —respondo, sin querer, demasiado rápido.

—¿No? —repite Rosa, sorprendida.

Me muero de vergüenza. Estaba pensando en que no me quiero ir de aquí y no me ha dado tiempo a asimilar la pregunta.

—Quiero decir que sí, estoy comodísima. El recibimiento de los compañeros con más experiencia ha sido increíble. ¡Y el público! —Estoy entrando en modo verborrea, pero no puedo detenerme—. Me han llegado tantos mensajes de apoyo por redes que no me lo creo. Todo está siendo maravilloso, genial, una experiencia increíble. Estoy comodísima; no me gustaría hacer ninguna otra cosa.

—Y a nosotros no nos gustaría que hicieras nada más. Estamos encantados de tenerte al frente del programa.

Ya tenía la boca abierta para suplicarle que no me despidiera; al escucharla, la cierro de golpe. ¿No estoy en paro?

—Por eso quería hablar contigo personalmente —sigue Rosa, ajena a mi crisis interna—. Lo sucedido ha puesto a la cadena en una situación delicada con respecto a *Directo al corazón*. Todos sabéis que, como creadora y directora del programa, soy la primera que está luchando con uñas y dientes para mantenerlo. Por desgracia, he tenido que hacer algunas concesiones para conseguirlo.

—¿Qué tipo de concesiones?

—Presupuestarios, principalmente. Los sueldos no se verán afectados mientras pueda evitarlo, pero he tenido que ceder en otros aspectos, como el plató propio.

—¡¿Nos quitan el plató?! —exclamo. Esa zona del estudio es mi favorita desde que entré como becaria hace tres años y, sin duda, una seña de identidad que nos hace destacar sobre toda la prensa rosa nacional.

—Me temo que sí. —La jefa suspira y, de pronto, parece más vieja—. Por temas de montaje de decorados y por disponibilidad horaria, no nos queda más remedio que compartir el plató de *Noticias, cámaras y acción*.

Casi puedo escuchar al mundo riéndose de mí. De todos los platós que hay en el edificio, tenían que meternos justo en el que se usa para el programa de actualidad en el que trabaja Marc. Si ahora me encuentro con él más de lo que me gustaría (y eso que nos vemos dos o tres veces al mes como mucho), con el nuevo acuerdo lo veré casi a diario.

—Sé que has tenido desencuentros con algún miembro de ese equipo, Lena, y quería asegurarme de que, a pesar de ello, vas a seguir al frente de *Directo al corazón*.

Rosa está siendo educada. No hay persona que trabaje aquí que no nos haya escuchado discutir. Cuando nos vemos, nos esforzamos por ignorarnos, y cuando, por lo que sea, no podemos fingir que el otro no existe, solemos acabar peleando (eso significa que yo grito mientras él da respuestas breves, cortantes e hirientes).

Tengo que ser adulta. Por mucho que odie a ese estirado, el trabajo es mucho más importante. Me tragaré el orgullo y me mudaré a su plató con el rabo entre las piernas.

—¿Cuento contigo, Lena?

La esperanza que entreveo en el rostro de Rosa me indica lo que ya suponía: esta es nuestra última oportunidad para salvar el programa. O nos esforzamos para aumentar la audiencia y recuperar el presupuesto que nos pertenece o estamos acabados.

Sonrío, aunque por dentro me esté deshaciendo, y digo:

—¡Por supuesto! Vamos a proteger *Directo al corazón*.

Siento que acabo de firmar mi propia sentencia.

MARC



Cuando llego a casa de mis padres, estoy de mal humor.

Por si el día de mierda que llevo no fuera suficiente, he tardado media hora en encontrar un sitio para aparcar a cinco calles de distancia, por lo que he tenido que caminar otros largos diecisiete minutos. Entre semana, en horario laboral y en un barrio de las afueras, aparcar no debería suponer un gran problema, pero el mundo se ha empeñado en ponérmelo difícil hoy.

Toco el timbre y es mi hermana pequeña la que abre la puerta. Sin tan siquiera saludarme, me mira de arriba abajo, frunce el ceño y me pregunta:

—¿Cuántos cafés te has tomado hoy, Marqui?

—Dos.

—Eso explica tu cara; te falta el tercero.

Alicia da media vuelta y se mete en la cocina. Para cuando entro tras ella, ya tiene una taza caliente en las manos. Me la tiende y me da un beso en la mejilla. Aunque solo tenga veinte años, siete menos que yo, es la persona que mejor me conoce del mundo.

Le doy las gracias y me llevo la taza a los labios. El sabor del café recién hecho, solo y sin azúcar, me invade el paladar y me despeja la mente. Normalmente, no bebo café por la tarde, pero, los días de trabajo, necesito tres: uno nada más levantarme, otro al llegar a la oficina y uno más tras las reuniones de primera hora.

Hoy, para mi desgracia, ese tercero ha terminado en la ropa de la periodista (si es que se le puede llamar así) más insoportable de

toda la cadena. Que haya pasado justo después de que nos contaran que, a partir de la próxima semana, tendremos que compartir plató con su programucho, no me ha ayudado a controlar las ganas de matarla que me han entrado al verla. Suerte que soy un hombre profesional y no me dejo llevar por el ansia aniquiladora.

—Sigues frunciendo el ceño —dice Alicia.

—Ha sido un mal día en el trabajo.

—Solo has ido un par de horas. Te has cogido el resto de la jornada libre.

—Han sido dos horas larguísimas.

—¿Qué ha pasado?

Es una buena pregunta. El programa va bien, tiene la audiencia esperada y una buena respuesta del público. Aun así, las productoras siempre quieren más y, según ellos, el avance se ha ralentizado lo suficiente como para prever un estancamiento de cara al año que viene. Me fascina mi trabajo y, aun así, odio la competitividad de la televisión.

Aunque eso es lo único que debería preocuparme, mi mente no deja de retroceder a esos ojos azul verdosos que me han lanzado dagas al salir del ascensor. ¡Como si yo fuera el culpable de que nunca mire por dónde va! No me gustan los periodistas del corazón de su calaña, así en general; a ella la detesto aún más. Va de mosquita muerta, pero es una rastrera. ¿Cómo voy a seguir manteniendo la compostura si a partir de ahora la veré a diario?

No puedo responderle nada de eso a mi hermana. Adorarla no me hace ajeno a sus defectos y, para mi desgracia, el amor por el cotilleo es uno de ellos.

—Marqui… —Ali pronuncia, con tono de reproche, el mote por el que solo ella me llama desde que era una renacuaja.

—No ha pasado nada, metomentodo. La reunión ha sido un muermo, nada más. —Antes de que huela la mentira y siga insistiendo, pregunto—: ¿Dónde está mamá?

—Ha salido con papá un poco antes. Han dicho que nos verán en el hospital.

Alicia se muerde el carillo interno y entrecierra los ojos. Cuando pone esa mirada de preocupación, es la viva imagen de nuestro padre y hace más evidente lo poco que nos parecemos físicamente.

Si bien Mateo no es mi progenitor biológico, es, a todos los efectos, mi padre, y lo ha demostrado desde el primer día. Mi madre y él empezaron a salir cuando yo tenía tres años, se casaron poco después y luego llegó Ali, que tiene muchísimos de sus rasgos: el marrón oscuro de los ojos, la forma aguileña de la nariz, el ángulo de la barbilla… Lo único que tenemos en común mi hermana y yo es el cabello ondulado de nuestra madre y los pómulos altos.

Me termino el café bajo la mirada intranquila de Alicia. No tarda mucho en decirme qué la inquieta:

—Sabéis que no hace falta que me acompañéis todos al hospital, ¿verdad?

—Lo sabemos, pero queremos estar ahí.

—No tenéis por qué hacerlo por mí.

Suelto una carcajada leve que me destensa todo el cuerpo.

—Aunque haríamos lo que fuera por ti, esto lo hacemos por nosotros mismos. Nos tranquiliza ir y escuchar a la médica decir que estás perfectamente.

Alicia me abraza y entierra la cara en mi pecho. No va a llorar, por muchas ganas que tenga. La estrecho con fuerza mientras pienso en cuánto odio que se sienta obligada a hacerse la fuerte.

Desde que superó la enfermedad, no ha derramado una sola lágrima en ninguna de las revisiones, ni por nervios antes de saber los resultados ni de alivio al ver que se encontraba estable. Piensa que, como ya lloró mucho durante los dos años que temimos por su vida, al alcanzar la remisión completa perdió el derecho a seguir asustada.

No hay forma de hacerle entender que el miedo, por muy sana que esté, no va a desaparecer nunca. Si ni mis padres ni yo somos capaces de librarnos de él, ¿cómo va a hacerlo ella? Siempre va a quedar una espina clavada, un resquicio minúsculo y oculto tras

buenas noticias que, en los días malos, nos hace pensar en la posibilidad de una recaída.

Por suerte, esta es la última revisión semestral. Han pasado cinco años desde que nos dieron el mejor diagnóstico imaginable y, tras la consulta de hoy, limitarán las pruebas de seguimiento a una por año. Ali está bien, sana y fuerte.

Vamos en mi coche hasta el hospital. Mi hermana está demasiado callada, con la vista perdida tras la ventana. Aunque me muero por hablar y hacerla reír, mantengo la atención al frente e ignoro los impulsos. Siempre está taciturna antes de las revisiones y, por muy raro que sea ver así a una de las personas más dicharacheras que conozco, tengo que respetarlo.

Cuando llegamos, nuestros padres ya están esperándonos. Al igual que Alicia, mi madre no tarda ni veinte segundos en decirme que traigo mala cara. Mi hermana me mira con un deje burlón que, por un instante, mitiga la angustia que la ha invadido durante todo el camino. Solo por eso, no me quejo.

La consulta transcurre sin incidentes. La doctora no protesta porque estemos todos allí y, sonriente, nos explica que los resultados de las pruebas son favorables. Aunque nos esforzamos por mantenernos positivos y pensar que la enfermedad no volverá, los cuatro soltamos un suspiro de alivio al mismo tiempo.

—¿Te llevo a casa? —le pregunto a mi hermana al salir.

Ali, que vuelve a sonreír, niega con la cabeza.

—Voy a la universidad, no quiero perder la clase de esta tarde.

La abrazo y me monto en el coche para irme solo. Aparco en el garaje y le echo un vistazo a las últimas noticias en el móvil mientras subo en el ascensor. Una vez en casa, todavía no he abierto la puerta del todo y ya tengo a Michifú maullando entre mis pies. No juzgues mi falta de originalidad a la hora de elegirle un nombre: fue cosa de Alicia.

Mi hermana es una persona caritativa. Hace tres años, vio un gatito abandonado en la calle y decidió llevárselo a casa. ¿El problema? Nuestra madre es alérgica. Lo trajo a la mía, porque me acababa de independizar, y me aseguró que solo sería hasta que le encontrase un hogar definitivo.

Esa bola de pelo estuvo conmigo solo un día y medio antes de que decidiera quedármela. Es un gato negro con manchas blancas en el pecho, la punta de la cola y las patas. Le encanta maullar y subirse encima de mí, aunque también es un poco malhumorado y no le gusta demasiado que lo acaricien (Ali dice que los animales acaban pareciéndose a sus dueños y que eso lo ha sacado de mí).

—¿Qué pasa, Michi? ¿Me has echado de menos? —pregunto mientras me agacho para darle un par de golpecitos en la cabeza. Ese contacto, mucho mejor que las caricias, es todo lo que necesita para dejar de restregarse contra mí e ir, con paso altivo, hacia su cuenco de comida.

Me acerco para comprobar que tiene pienso suficiente y le relleno el bebedero con agua fresca. Después, me siento en la mesa de la cocina americana, el único espacio que puedo usar como falso despacho, y enciendo el portátil.

Tengo una buena cantidad de tareas pendientes que revisar. Paso un rato respondiendo correos, comprobando los últimos informes de audiencias que hemos visto en la reunión de esta mañana y haciendo gestiones aburridas antes de enfocarme en lo que realmente me gusta: la investigación.

En un programa de actualidad nunca puedes cerrar del todo el esquema de contenidos hasta el último momento, pero hay muchos temas que pueden adelantarse. Yo me encargo de eso: reportajes a largo plazo, para los que hay que pasar horas y horas hablando con expertos, indagando… La labor de detective siempre ha sido lo que más me llama la atención de este trabajo.

Ahora mismo, tengo varios frentes abiertos. Uno de ellos me interesa especialmente, porque creo que puede suponer un antes y un después en mi carrera. Tengo sospechas fuertes de malas prácticas, posiblemente relacionadas con el blanqueo de capitales, en una empresa de renombre a nivel internacional. Me han llegado testimonios, pero todos *off the record*, así que no puedo usarlos. Acceder a información fiable está siendo un desafío.

Estoy enfrascado en la búsqueda, apuntando nombres de los que tirar, cuando el móvil empieza a sonar. El nombre de Víctor ocupa toda la pantalla.

—Justo estaba pensando en llamarte —le digo a modo de saludo.

—Cómo me alegra que pienses en mí. ¿Querías proponerme una noche romántica?

—Creo que a tu novio no le gustaría mucho eso.

—Mi novio me tiene abandonado.

Pongo los ojos en blanco. Víctor jamás había sido una persona romántica o de relaciones hasta que conoció a Damian, un inglés que vino a pasar un año a España y decidió quedarse por él. El Víctor de antes y el de ahora son dos personas totalmente distintas en relación con el amor; se ha vuelto tan cursi como siempre juró que no sería.

—Vic, Damian va a pasar una semana con su familia —le recuerdo—. Volverá en un par de días.

—Lo sé, lo sé. Tío, no te enamores; es precioso pero se te va la puta cabeza. Si hace un par de años me hubiesen dicho que iba a lloriquear por separarme durante siete días de mi novio, me habría reído en su cara.

—Tranquilo, no entra en mis planes.

—Es verdad, estás demasiado ocupado con tu carrera en la tele.

Mi amigo no lo dice con acritud, sino como una burla, porque sabe que odio que limite mi trabajo a salir en televisión. Hago periodismo de verdad, por mucho que el programa en el que participo peque un poco de tertulia; lo primero siempre son las noticias.

A Víctor eso le trae sin cuidado. Aunque nos conocimos en la universidad, él ha tirado por el mundo corporativo y trabaja en una agencia de publicidad y comunicación dedicada a marcas de lujo. Justo por eso quería hablarle.

—¿Sabes algo de Otendix? —pregunto mientras Michifú se me sube al regazo de un salto. Da un par de vueltas y, un instante después, se queda dormido.

—¿La multinacional?

—Sí. Estoy investigando algunos asuntos que no huelen bien y me está costando dar con un hilo decente del que tirar.

—Sé que mañana habrá algunos peces gordos en la presentación de su nueva línea de joyería. Llevamos parte de su publicidad. ¿Te sirve de algo?

—Por casualidad no tendrás una invitación, ¿verdad?

Víctor se ríe al otro lado de la línea.

—¡Tío, que soy un donnadie! Creo que va a ir el jefe supremo —dice, refiriéndose al director ejecutivo de su empresa—, pero nadie más por nuestra parte. Estará lleno de famosos, ¿no irá nadie de tu productora?

—Seguramente, pero a mí no me informan de las fiestas.

—¿Y no puedes pedirle un favor a nadie?

A Víctor le digo que es imposible. En realidad, no quiero ni plantearme la opción. A ese tipo de eventos van quienes están acostumbrados a codearse con famosillos y robarles los secretos, es decir, la prensa rosa. Si antes acudía el polémico presentador de *Directo al corazón*, ahora le tocará a su sucesora: Lena Martín. Antes muerto que pedirle un favor a ella.

—Lo único que puedo hacer es pasarte la hora y la dirección —se ofrece Víctor.

—Puedo arreglarme con eso. Gracias.

No sé cuál es mi plan, pero la información nunca está de más.

—Al margen de tus rollos con el curro, te llamaba para ver si te apetece ir de cañas después.

Ha sido un día intenso. Entre las reuniones de esta mañana y la cita con la médica de Ali, una parte de mí solo quiere que llegue la noche para meterme en la cama y dejar que el día pase. Aun así, jamás le diría que no a tomar unas cervezas con Víctor. Necesito desconectar, sobre todo si tengo intención de acercarme mañana a la fiesta y seguir trabajando en fin de semana.

LENA



Seguro que quienes creen que un adulto funcional se enfrenta a los problemas con resiliencia y determinación no conocen a nadie de mi generación.

Con una situación laboral mayormente precaria, un nivel de vida imposible de mantener y una decadencia generalizada que mella el ánimo de cualquiera, es imposible que seamos adultos funcionales. Por eso, a mis veintitrés años, mi forma de hacerle frente al drama es estar en pijama en el sofá de mi casa, con una mascarilla verde que huele a algas en la cara y una tarrina de helado en el regazo. Delante de mis piernas cruzadas, mi mejor amiga me da ánimos desde la pantalla del portátil.

—Eres una exagerada, Lena —se burla Mara de ese modo en el que solo pueden hacerlo las personas con las que tienes muchísima confianza—. Tienes razón con el tema de los presupuestos: los recortes y la presión de una posible cancelación son una mierda. Pero ¿qué más da si tenéis que compartir el plató con otro programa?

—No es por compartirlo —matizo—, sino por la gente con la que tenemos que hacerlo.

Mara resopla. Me ha escuchado quejarme de Marc tantas veces que está harta, y eso que no le he contado que ayer me tiró un café encima.

—¿En serio, Lena? ¿Todo esto es por Marc Noguera?

—¡No puedo ni verlo!

—El tío está tremendo, es listo y no se anda con tonterías; ¿por qué lo odias tanto?

—Yo seré una exagerada, pero tú eres una superficial de cuidado. —Empuño la cuchara hacia ella como si pudiera usarla para defenderme, a pesar de que nos separan cientos de kilómetros—. ¿Qué importa que sea guapo o no si es un imbécil prepotente que siempre mira a los demás por encima del hombro?

—También he dicho que es inteligente; eso me resta puntos de superficialidad. Y no me has contestado. Normalmente, pasas de las personas que no te caen bien; ¿por qué te empeñas en seguir enzarzándote con él cada vez que os cruzáis?

Me meto otra cucharada de helado de turrón en la boca y dejo que se me derrita en la lengua antes de confesar:

—Me mira como si fuera la maldad personificada. Me cabrea que desprecie tantísimo la prensa rosa, como si mi periodismo tuviese menos calidad que el suyo. —Frunzo el ceño mientras revuelvo el helado. Estoy acostumbrada a que la gente ningunee mi profesión, pero esto va más allá—. La tiene tomada conmigo. Me habla como si todos los males del planeta fueran culpa mía.

—¿Seguro que no son imaginaciones tuyas?

—¡No estoy loca, Mara! Un día me soltó, y cito textualmente: «Tu trabajo es un germen que deberíamos extirpar de la sociedad». Dijo «mi» trabajo, no el nuestro para referirse a todo el programa; solo el mío.

—Sería una forma de hablar.

—Después añadió: «Ya te encargas tú sola de contaminar el mundo con tus falsas noticias». —Pongo mi mejor expresión de «¿Ves cómo tenía razón?»—. Creo que no hay mucho margen de error.

Mara aprieta los labios para no reírse. Después, con una calma excesiva, comenta:

—Así que lo odias porque le caes mal.

Darle la razón me haría quedar como una insegura que necesita validación ajena para vivir, así que me limito a fulminarla con la mirarla.